



Santiago de Chile, año del Señor 1980

Les presento, mis hermanos, los rasgos más sobresalientes de nuestro hermano salesiano el coadjutor don

FLORENTINO AGUILERA ARIAS

fallecido en la ciudad de Iquique, en cuya Comunidad Salesiana se encontraba hacía 37 años; su fallecimiento tuvo lugar el 4 de julio de 1966.

Nació en Cobquecura, provincia del Maule, el 10 de septiembre de 1888; fueron sus padres José Félix y María de los Angeles.

En 1906 ingresó al aspirantado de Macul, deseoso de llegar al sacerdocio, si bien más tarde aceptó la decisión de los Superiores al proponerle ingresar como Coadjutor, viendo en esta decisión la Voluntad de Dios. Esta conformidad a la Voluntad de Dios la hace patente en su solicitud de ingreso al Noviciado; dice en ella:

“...en vista de lo que los Superiores han juzgado en mi, creyendo que
“ sea oportuno para mi alma que yo siga la carrera de hermano en esta
“ Congregación, aunque yo deseaba ser sacerdote, sin embargo, como
“ ya me he consagrado a Dios y entregado a su Voluntad, me conformo
“ enteramente a ella y pido a Ud. que se sirva hacer lo posible para admitirme por el Consejo al Noviciado en este año como hermano; los
“ mismos deseos que antes tenía los tendré y mantendré hasta la muerte mediante el Auxilio Divino; séame Ud. favorable para con Dios.”

En realidad, hará de toda su vida y de su trabajo un verdadero sacerdocio.

Empezó su Noviciado en la misma casa de Macul el 22 de febrero de 1909; hizo su profesión temporal el 25 de abril de 1910, y los votos perpetuos el 22 de febrero de 1912.

Sólo dos obediencias recibió durante su vida salesiana: La Serena, donde estuvo entre los años 1910 y 1928, e Iquique, donde se mantendrá obediente entre los años 1929 y 1966, año de su deceso.

Fue un salesiano fiel, bueno y leal como el Señor pinta a un servidor bueno y fiel en su Parábola de los servidores que quedaron encargados de la administración de los bienes del amo, cada uno según sus cualidades. Así fue don Florentino.

Fue trabajador incansable, a lo largo del día, en silencio y sosiego, haciendo esa multitud de cosas pequeñas, que nadie ve, pero que llenan toda la vida de un ser humano, cosas muy necesarias pero que nadie aplaude.

En los últimos años, ya anciano, se ocupaba en atender la Sacristía y la Capilla con esmero y devoción, desmintiendo la figura peyorativa que se tiene de todo sacristán, desahogando en ello, seguramente ese deseo de ser sacerdote que expresó en su juventud.

Puntual en todos sus deberes, aún cuando algunos de ellos le significaban sacrificios; humilde como era no desdenaba trabajo alguno, por secundario que éste fuera, ocupando su tiempo en menesteres muy sencillos: contabilidad de las limosnas, atención en los comedores, principalmente la sacristía.

Todo lo que fuera de la Comunidad lo cuidaba con cariño, como se cuidan las cosas en el hogar, porque son de todos y a todos sirven.

Su espíritu de obediencia lo demostró patentemente cuando aceptó sin discusiones las primeras medidas que cambiaron la Liturgia tradicional, que suponían en él poner término a tantas tradiciones y prácticas que habían conformado como la base de su piedad y de su formación cristiana.

Porque era humilde aceptó todo; sólo el soberbio, porque es tal, no ve con claridad, enceguecido por su propia soberbia.

Siendo joven se desempeñó como Profesor de los Cursos Preparatorios y notable Profesor de Música, teniendo para este arte un finísimo oído que conservó claro hasta su ancianidad.

Al reabrirse la Casa de La Serena en 1910 (había sido fundada en 1900) fue enviado con el primer grupo de Salesianos, permaneciendo allí hasta 1928. Durante esos 18 años será proveedor de los bienes que necesite la Comunidad, trabajará en la huerta, dará clases y será el iniciador de la Banda Instrumental, siendo excelente compositor de marchas y otras piezas musicales, las que eran luego adoptadas por las demás bandas de la ciudad.

Treinta y siete años pasó en la Casa de Iquique.

Parsimonioso en palabras, alegre, gustaba de cuando en vez, contar alguna graciosa anécdota demostrando un alto sentido del humor.

Cuando ya anciano y delicado de salud, no quiso tener descanso "oficial", cumpliendo con su deber hasta el último momento, con menor eficacia tal vez, pero siempre con la misma constancia. Un día se sintió decaído y lo dio a conocer a la Comunidad, cosa desusada en él; temeroso de preocupar a los demás, se retiró tranquilamente, alegando que no era gran cosa; antes había dejado todo ordenado y preparado en la Sacristía, como solía hacerlo siempre.

Al día siguiente sufrió un ataque cerebral, y reconfortado con el Sacramento de los Enfermos, se apagó tranquila y silenciosamente, como había vivido.

Fue hombre de oración, por eso que sus virtudes se robustecieron y agrandaron para ejemplo de todos; jamás se quejaba ni molestaba a algún hermano con sus propios problemas, procurando arreglárselas solo para no dar que hacer.

Fue un ejemplo digno de imitarse y de tomarse en consideración; puede enorgullecerse de ello la Comunidad de Iquique, pues tuvo un tesoro de inestimable valor en este sencillo y humilde religioso.

Todos lamentaron su deceso; el Colegio se sintió huérfano y vacío sin su presencia. Ahora lo vigila y protege desde el cielo. Así Dios lo quiera, así lo pedimos en nuestras oraciones de hermanos.

Atte. afmo. en Don Bosco.

Pbro. SIMON KUZMANICH BUVINIC
Secretario Inspectorial

DATOS: Coadjutor AGUILERA ARIAS, Florentino; nació en Cobquecura (Chile) el 10 de septiembre de 1888; murió en Iquique el 4 de julio 1966, a los 78 años de edad y 56 de Profesión.

